

Herменéutica del habitar: El problema del desarraigo en Heidegger

Márquez Osuna, Francisco
Universidad Iberoamericana
fs71678@gmail.com

Resumen: Heidegger dictó “Construir, habitar, pensar” para reflexionar sobre el “desarraigo” (*Heimlosigkeit*). Este concepto sirve para pensar el posicionamiento de lo humano, como mortales, ante la pérdida de orientación expuesta por el ocultamiento de lo divino, la explotación de la tierra y la contaminación de los cielos. En este sentido, solo ante la pérdida, la inseguridad e incomodidad es que el humano es llevado al acto de cuestionar su habitar. Por otra parte, también se discute el habitar poético que se encuentra en la realidad onírica al mismo tiempo que se discute el concepto de $\chi\acute{o}\rho\alpha$ presente en el diálogo platónico del *Timeo*.

Palabras clave: Habitar, desarraigo, habitar poético, sueño, Heidegger, Platón

Hemeneutics of Dwelling: The Problem of Uprooting in Heidegger

Heidegger dictated "Bauen, wohnen, denken" to reflect on uprooting (*Heimatlosigkeit*). This concept serves to think about the positioning of the human, as mortals, before the loss of orientation exposed by the concealment of the divine, the exploitation of the earth and the contamination of the skies. In this sense, only in the face of loss, insecurity and discomfort, is that the human is led to question his own dwelling. On the other hand, the poetic dwelling found in the dream reality is also discussed at the same time as the concept of $\chi\acute{o}\rho\alpha$ present in the Platonic dialogue of the *Timaeus*.

Keywords: dwelling, uprooting, poetic dwelling, dream, Heidegger, Plato

§ 1. El desarraigo, el habitar y lo inhóspito

Heidegger dictó “Construir, habitar, pensar” con el objetivo de comprender el significado originario del habitar (*Wohnen*) y concluyó dicha conferencia con el tema del desarraigo (*Heimatlosigkeit*). Este concepto sirve para pensar en la posición en la que los mortales se enfrentan con la pérdida de lo divino y frente a los excesos en la técnica contemporánea manifiestos en la explotación de la tierra y la contaminación de los cielos, ¿hay posibilidad de habitar para los mortales ante la pérdida de lo divino y los excesos de la técnica?, ¿de qué manera el cielo, la tierra, los divinos y los mortales sostienen el habitar?

Una primera aproximación a estos cuestionamientos la podemos encontrar en las siguientes palabras de “Construir, habitar, pensar”: “En el salvar la tierra, en el acoger el cielo, en el esperar a los divinos y en el conducir de los mortales acontece el habitar como

la cuádruple preservación de la cuaternidad” (Heidegger 2015: 25) Por cuaternidad (Geviert), Heidegger entiende a la reunión y sencillez de lo humano con su otredad para sostener la habitabilidad que reúne a lo humano con las cosas. Heidegger prosigue: “Preservar quiere decir: custodiar la cuaternidad en su esencia” (Heidegger 2015: 25). Pero no solo eso, también el habitar sostiene la vecindad con las cosas, concluye el filósofo de Selva Negra: “El habitar es más bien ya siempre un permanecer junto a las cosas” (Heidegger 2015: 25) Sin embargo, el problema no termina aquí, puesto que en la actualidad no habitamos más junto a las cosas, nos rodeamos de objetos más que cosas, pero ¿estos objetos se nos presentan realmente como cosas?, y si el carácter de cercanía de las “cosas” se sustrae y oculta para enfrentarnos con meros objetos ¿podemos garantizar un habitar? En la conferencia *La cosa* Heidegger dice que:

Hacer cosa es acercar el mundo. [...] En la medida en que cuidamos [de ella] «habitamos» la cercanía. [...] La ausencia de cercanía en toda supresión de lejanías ha conducido al dominio de lo in-distante. En la ausencia de la cercanía, la cosa, como cosa, queda aniquilada. [...] En vistas al advenimiento de la cosa como cosa, un simple cambio de toma de posición no es capaz de nada, del mismo modo que todo aquello que ahora se levanta como «objeto»¹ en lo in-distante nunca se deja cambiar sin más en cosa (Heidegger 1994: 158).

Martin Heidegger sugiere que solo ante esta posición de penuria, desazón, de falta de distancia y de sentimiento de pérdida es como se vuelve posible el pensar sobre el habitar y con ello, resuena la pregunta de Jesús Adrián Escudero al comentar la conferencia “Construir, habitar, pensar”: “¿Por qué tenemos que volver a aprender a habitar? Y junto a dicha pregunta, aquí se interroga ¿por qué el desarraigo puede constituirse como apertura para volver a aprender a habitar?” (Heidegger 2015: 55)

El desarraigo es gozne, punto focal y lugar que reúne los extremos del habitar y lo inhóspito (*Unheimliche*); es umbral entre lo habitable y lo inhóspito. El habitar se concibe como la condición misma de *estar-en-el-mundo*, y lo inhóspito, por su parte, es pensado como la cerrazón, homogeneidad y carencia de sentido que suscita lo in-distante de los objetos y el ocultamiento de lo divino ante el abuso de la tierra. Heidegger utiliza el concepto de *Heimatlosigkeit* para señalar esta posición limítrofe entre el habitar y lo inhóspito. Esta palabra alemana significa propiamente “pérdida-de-suelo-natal”, es decir, desarraigo.

En tanto pérdida, el desarraigo es una manera de duelo, en la que se “pierde el origen del lugar”; es pues un *estar que habita desorientado*. Entonces, la desorientación no es del todo manifestación de lo inhóspito, o mejor dicho, lo inhóspito sigue manteniendo cierto carácter de *habitabilidad*. Lo inhóspito se dice en alemán como *das Unheimliche* y dicho concepto sigue una larga tradición que se remonta a Schelling, pero que es sobre todo analizado por Freud en un ensayo que lleva como título ese concepto (Freud 2009:

¹ Las comillas angulares son mías.

219-252); ahí Freud remite lo *Unheimliche* a aquello que se ha vuelto extraño del suelo natal —con Heidegger diríamos con un suelo natal que se ha vuelto *in-distante*— dado que *Unheimliche* viene del *Heimat*, esto es de la tierra-natal, entonces, lo *Unheimliche* es la tierra natal que deviene extraña de sí misma, se vuelve irreconocible y, por tanto, *inhabitable* o *inhospita*. No obstante, la desorientación que provoca el desarraigo no es del todo la ausencia de *horizonte de sentido*, más bien es el sentido que “que pierde su suelo”; pero ¿podría recuperarse el suelo?, ¿el habitar podría arraigarse de nuevo tras el darse cuenta de la penuria que suscita el desarraigo y lo *inhospito*? En esta *pérdida de suelo natal* sobrevive *un estar en el mundo* que aparenta desquebrajarse en la *ausencia de mundo*. Y el desarraigo reúne los extremos entre el habitar y lo inhospito; entonces surge el cuestionamiento, ¿qué es lo originario del desarraigo? y ¿cómo se muestra en el habitar?

Imaginemos lo originario del desarraigo que se encuentra en todo lo que se arranca de la tranquilidad, de la paz, de lo libre, en otras palabras, de lo habitable y pensemos en su contraparte, *lo igual, lo ordinario y lo cerrado*. Como ejemplo podemos tomar el acto del nacimiento que muestra en el llanto, no solo *el inconveniente de haber nacido*, sino el signo del paraíso perdido o del lugar-nodriz de la *χώρα* del demiurgo platónico. Estar arrojado en la vida constituye la pérdida del suelo matricial y dicha expulsión, no obstante, impulsa a *habérselas en el mundo*; se desarraiga el útero en la medida que se habita en la apertura del mundo y todo subsecuente rito iniciático es una mera atenuación del perdido lugar matricial.

Como puede verse, la apertura se codifica en la clausura y, al mismo tiempo, la clausura posibilita la apertura. Así, el habitar es el incesante volver a lo originario que, en variación continua, retorna. Es decir, cada vez está en marcha, de nuevo, la *pérdida de suelo natal*: el desarraigo; en ello consiste el arriesgarse ante lo abierto del lugar habitable.

En lo siguiente hablaré del *habitar onírico como habitar poético* donde el habitar es esencialmente desarraigo; es decir, umbral y balance que expresa la contrariedad del habitar humano que se debate entre el sueño y la vigilia. Heidegger hace una precisión más que es cara a esta ponencia, en “Construir, habitar, pensar” indaga en la precariedad de la situación del habitar tras la segunda guerra; dice que:

Por todas partes oímos hablar, y con razón, de la escasez de viviendas. No solo se habla; también se buscan remedios. [...] Pero por muy dura y penosa, por muy grave y peligrosa que sea la falta de viviendas, la *auténtica penuria del habitar* no consiste simplemente en la ausencia de viviendas. [...] La verdadera penuria del habitar consiste en el hecho de que los mortales siempre tienen que volver a buscar la esencia del habitar, de que *tienen que aprender primero a habitar*. ¿Qué pasaría si el desarraigo del hombre consistiera en el hecho de que el hombre todavía no medita sobre la *propia* penuria del habitar *como la* penuria? Sin embargo, apenas el hombre *medita sobre* el desarraigo, este ya no es más una miseria. Pensándolo bien y teniéndolo bien en cuenta, el desarraigo es la única exhortación que *llama* a los mortales al habitar (Heidegger 2015: 49).

En consecuencia, esta llamada que surge del desarraigo, esta penuria constante desentraña y manifiesta que lo fundamental del habitar es lo abierto, lo libre. Por tanto, el desarraigo es el corte de la penuria misma y la apertura del habitar que necesita, constantemente, actualizarse, estar-haciéndose para recuperar lo habitable de lo *inhóspito*.

§ 2. *El habitar onírico como habitar poético*

No cabe duda de que el sueño *acontece* en algún *lugar*; habitamos en el sueño, yacemos junto a las cosas que nos permanecen cercanas, sin importar su lejanía. Su vecindad es tal que deviene en roce, *las cosas nos rozan cotidianamente en el sueño, incluso nos golpean en lo inhóspito*, ellas se vuelven inevitables, desde la ligera caricia de las sábanas en la cama, hasta el asiento del transporte público donde cabeceamos, en el descansar nocturno adormece el canto de los grillos y la vieja lámpara urbana tenuemente nos presenta la distancia entre el espacio privado y el espacio público.

Siendo sueño nos sostiene la tierra, habitualmente dormimos horizontalmente y con ello nos aproximamos a lo terrenal mismo; frente a nosotros, en plena ensoñación, la ventana nos abre al cielo y su trascurrir apacible en el otoño o iracundo en la tormenta veraniega, o como bellamente describe lo celeste Heidegger: “El cielo es la luz y el crepúsculo del día, la oscuridad y claridad de la noche, la clemencia y la inclemencia del tiempo, el paso de las nubes y la profundidad azul del éter” (2015: 21); los divinos se muestran como mensaje, en la suave tranquilidad del dulce sueño o en el angustioso vértigo que señala el sueño inquietante. Entonces, es constatable que el sueño reúne lo *cuaterno* del habitar: pues cohabitan en el *topos onírico*, tanto mortales y divinos, como el cielo y la tierra.

En la medida en que el sueño convoca y emplaza un lenguaje silente, es decir, originario, su condición es poética y el poeta no *utiliza* el lenguaje, sino que lo *habita*. En el sueño, todos los mortales residen como los poetas, así lo expresa Heidegger:

¿de qué modo el habitar humano puede estar fundado en lo poético? [...]. Lo característico de los poetas es no ver la realidad. «En vez de actuar, sueñan». Lo que ellos hacen son solo imaginaciones. Las imaginaciones son cosas que simplemente se hacen. Al acto de hacer se le llama en griego Ποίησις. ¿El habitar del hombre sería entonces poesía y sería poético? Pero esto solo puede admitirlo el que está al margen de lo real y no quiere ver en qué estado se encuentra hoy, histórica y socialmente, la vida del hombre; lo que los sociólogos llaman el colectivo. (1994: 164)²

Pero, ¿qué es lo poético del habitar nocturno?, ¿qué es lo arquitectónico presente en el sueño?, es decir, ¿cuál es el suelo (lo tectónico) originario (*arje*) donde acontece el sueño? En la cita anterior, Heidegger muestra la diferencia entre el habitar poético y el habitual; el habitar del poeta —o del durmiente— sale de lo ordinario, se aleja de la

² Las comillas francesas son mías.

objetualidad y la mera relación *funcional* del espacio construido; podríamos decir que para el poeta y cito a Heidegger: “el construir no es solo un medio y una forma para el habitar. El construir [es para el poeta] ya es en sí mismo un habitar” (Heidegger 2015: 13). El habitar poético, entonces se contrapone al científico social, al colectivo.

La comodidad del sueño y del poeta no puede ser la “supuesta comodidad” del morar colectivo porque, como Arturo Leyte explica:

en realidad, lo habitable, yo diría que lo habitable es siempre lo que Platón llamó la caverna, que es el lugar donde los prisioneros no están sufriendo, al contrario, es un lugar donde los prisioneros están cómodos y fundamentalmente su comodidad recibe no las comodidades debidas, por lo cual no tienen por qué cuestionar nada de lo que quieren y las imágenes los satisfacen (2010: 40).

Ahora bien, la satisfacción de los prisioneros de la caverna platónica es tal, en la medida que *utilizan su habitación*, es decir, en tanto olvidan su presencia y en cuanto ignoran lo abierto del exterior dado que su morada es lo habitual; en otras palabras, hay conformación con lo cerrado, con la relación común entre medio-fin y se evita la confrontación con lo abierto. En este sentido, el habitar poético se contrapone al habitar habitual, dado que se constituye como desarraigo, no es más la imagen de la cueva, símbolo de lo matricial donde se construye lo poético, sino que es en la *pérdida de suelo natal*, donde lo poético se construye, se habita.

Me gustaría aquí hacer una pequeña precisión filológica, sobre el significado originario de la *cueva*, que procede de la raíz indoeuropea *keu*,

cuyo significado fundamental es el de *cubrir, envolver* [...] [De esta raíz] *nacen palabras que conservan el significado de esconder, como el griego keytho, o el godo hird, que tiene el valor de tesoro. [...] El habitar viene a ser, por tanto, un esconder y un cubrir* (Masiero 2003: 22-24).

Entonces, en contraposición a la *cueva*, ¿es el sueño un habitar en lo abierto?, ¿cómo podemos confirmar esa apertura poética del sueño?, ¿cómo libera el sueño de la atrocidad geocida, uranicida y teocida de la actualidad que no permite ver la *otredad*? Quizá Platón da otra pista en el *libro V de la República* cuando Sócrates pregunta: “¿Qué otra cosa es soñar sino el que uno, dormido, o en vela, no tome lo semejante a algo como su semejante, sino como aquello mismo a que se asemeja?” (476c). En este caso, la mera *semejanza* que propone Platón de la cual participamos de lo diurno se muestra en su utilidad y beneficio, cabe decir en la medida (el *metron* griego); en cambio, el sueño homologa lo semejante con la idea y se muestra como una peligrosa *hybris* que abre a lo poético y lo fantástico que son condenados en el estado ideal de Platón. Sin embargo, en Heidegger, lo poético o lo artístico es, según dice Givone, “por encima de todo, ‘apertura’ en la que ‘cada cosa es

distinta de lo habitual', y por ello 'la esencia del arte' es 'poner en obra la verdad'" (Givone 2006: 157). Así pues, poético-onírico es desarraigo antes que *inhospitalidad*.

Además, Platón sostiene una posición distinta sobre el sueño y que lo une con el concepto de lugar y, en suma, con el habitar. En el *Timeo* cuando se explica el nacimiento del mundo, Platón narra que existen tres realidades eternas: el ser, el devenir y el espacio (52d). La que interesa tratar aquí es la última, el espaciamento, emplazamiento o lugar que en griego se denomina con la palabra *χώρα*. Sobre la *χώρα*, Platón sostiene que es el receptáculo de toda generación, como si fuera una nodriza; la *χώρα* es lo que emplaza, lo que da lugar, donde se expresa lo que deviene y asegura su posición en el cosmos. La *χώρα* es una especie de lienzo en blanco, que Deleuze llama *plano de inmanencia* (Deleuze y Guattari 2004: 259-260). Ahí florecen todas las relaciones de fuerza, se despliegan las cosas, se intensifican las sensaciones y se expresa la apertura del *cuerpo sin órganos*, concepto tomado del poeta Antonin Artaud tan importante en el pensamiento del autor de *Mil mesetas*.

Retomando a Platón, en el *Timeo* afirma de la *χώρα* que es:

El espacio, que no admite destrucción, que proporciona una sede a todo lo que posee un origen, [...] y, «al mirarlo, soñamos» y decimos que necesariamente todo ser está en un lugar y ocupa un cierto espacio, y que lo que no está en algún lugar en la tierra o en el cielo no existe. Cuando despertamos, al no distinguir claramente a causa de esta pesadilla todo esto y lo que le está relacionado ni definir la naturaleza captable solamente en vigilia y que verdaderamente existe, no somos capaces de decir la verdad: que una imagen tiene que surgir en alguna otra cosa y depender de una cierta manera de la esencia o no ha de existir en absoluto, puesto que ni siquiera le pertenece aquello mismo en lo que deviene, sino que esto continuamente lleva una representación de alguna otra cosa. (52a-d)³

Este receptáculo o nodriza que incumbe al sueño primigenio convoca a preguntar ¿dónde soñamos?, ¿cuál es el lugar donde acontece el sueño? Tras el despertar, ¿hay un olvido del lugar matricial? Georges Didi-Huberman dirá que la *χώρα*:

[...] es lo que necesitamos construir, reconstruir constantemente, para recuperar despiertos, algo que antes nos donó el sueño. [...] Pues el sueño es siempre «antes»: el sueño de antes nos ha dado la evidencia conmovedora del lugar. Pero al despertar nos desposee de ello de inmediato, ya que la evidencia del lugar estaba formada en primer lugar por la materia —la materia somática— de nuestro soñar (Didi-Huberman 2014: 53-54).

En este sentido, el habitar del sueño se expresa como desarraigo, pues el soñador sale de sí mismo, como saliendo del terruño perdido. La verdadera pesadilla de la que habla

³ Las comillas angulares son mías.

Platón no es el sueño mismo, sino el despertar que deja desorientado y debe reconstruir el lugar previo que es el sueño.

El espacio que muestra la *χώρα* no es lo cerrado, más bien es el vano o el vacío que no debería porqué tener connotaciones negativas, como habitualmente se piensa del vacío; en este sentido Heidegger presenta la siguiente pregunta: “¿*χώρα* no podría significar la separación de todo lo singular, lo que se aparta y que precisamente de este modo admite lo otro y le ‘deja lugar’?” (Heidegger 1997: 67). Lo que admite lo otro y *deja lugar* lleva a pensar en habitar lo abierto, es decir, en expresarse ante el vacío mismo, ante el abismo del desarraigo, donde:

El espaciar aporta lo libre, lo abierto para un asentamiento y un habitar del hombre. Pensándolo en su propiedad, espaciar es libre donación de lugares, donde los destinos del hombre habitante toman forma en la dicha de poseer una tierra natal (*einer Heimat*) o en la desgracia de carecer de una tierra natal (*der Heimatlosigkeit*), o incluso la indiferencia respecto a ellas (Heidegger 2019: 21).

Pero realmente, ¿el carecer de una tierra natal es mera desgracia?, ¿no puede el desarraigo ser condición de posibilidad en tanto vacío que es de reformular el sentido, de salvar la tierra y escuchar el mensaje de los siempre ocultos divinos? Hacia el final de *El arte y el espacio*, Heidegger menciona las siguientes palabras:

¿Y qué sería del vacío del espacio? Con demasiada frecuencia, el vacío aparece tan solo como una falta. El vacío pasa entonces por una falta de algo que llene los espacios huecos y los intersticios. [] Sin embargo, el vacío está presumiblemente hermanado con el carácter peculiar del lugar y, por ello, no es un echar en falta, sino un producir (2019: 31).

He aquí de nuevo *Ποίησις*, lo abierto del habitar solo se dona cuando se habita *poéticamente*, esto es cuando el lugar se manifiesta en la incomodidad del cuestionamiento; y, también, cuando son interrogados nuestros modos peculiares de habitar, cuando el espacio habitual se vuelve insoportable y requiere de nuevos soportes, de nuevas arquitectónicas que nacen de la poesía y del sueño. Me gustaría concluir esta charla con el pensamiento 386 de Pascal, donde el habitar poético permite concebir un mundo distinto: “Si un artesano estuviera seguro de soñar todas las noches, durante doce horas, que es rey, creo que sería casi tan feliz como un rey que soñara durante todas las noches, durante doce horas, que es artesano” (Pascal, 2015: 107).

Referencias bibliográficas:

- Deleuze, Gilles y Guattari, Felix. *Mil mesetas: Capitalismo y esquizofrenia II*. Trad. José Vázquez Pérez. Valencia: Pre-Textos, 2004.
- Didi-Huberman, Georges. *El hombre que andaba en el color*. Trad. Juan Miguel Hernández León. Madrid: Abada, 2014.

- Freud, Sigmund. *Obras Completas XVII*. Buenos Aires: Amorrortu, 2009.
- Givone, Sergio. *Historia de la estética*. Trad. Mar García Lozano. Madrid: Tecnos, 2006.
- Heidegger, Martin. *Conferencias y artículos*. Trad. Eustaquio Barjau. Barcelona: Ediciones del Serbal, 1994.
- Heidegger, Martin. *Construir, habitar, pensar*. Trad. Jesús Adrián Escudero. Madrid: LaOficina, 2015.
- Heidegger, Martin. *El arte y el espacio*. Trad. Jesús Adrián Escudero. Barcelona: Herder, 2009.
- Heidegger, Martin. *Introducción a la metafísica*. Trad. Angela Ackermann Pilári. Barcelona: Gedisa, 1997.
- Leyte, Arturo. “La inhabitable casa del ser en Heidegger.” *Pensamiento. Papeles de Filosofía*, n.1 (2010).
- Masiero, Roberto. *Estética de la arquitectura*. Trad. Francisco Campillo. Madrid: Antonio Machado Libros, 2003.
- Pascal, Blaise. *Pensamientos*. Trad. y selección de textos Xavier Zubiri. Madrid: Alianza, 2015.
- Platón. *Diálogos VI*. Trad. Francisco Lisi. Madrid: Gredos, 2009.
- Platón. *La república*. Trad. Antonio Gómez Robledo. Coyoacán: Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 2000.